

VIII

NUESTROS DIAS

Después del año de 68, España tuvo que atravesar una época azarosa é infelizmente varia. Vióse obligada á mendigar un rey en el extranjero, estableció la República contra todas las tradiciones y carácter de la nacion, se renovó la guerra civil del año 36, y al fin hubo de recurrir á la misma dinastía que sus hombres habian destronado.

Fatigados los ánimos de una agitacion tan larga y continuada, las pasiones exaltadas se fueron insensiblemente calmando y dieron lugar á que los hombres públicos comenzasen á pensar con más cordura, disponiéndolo así la

divina Providencia, para que pudiera ser España el asilo de las Órdenes religiosas desterradas de Francia, como ésta lo habia sido de las de aquélla. En efecto, expulsados inicuamente los religiosos de la liberalísima República francesa, muchas comunidades religiosas de diversos institutos encontraron generosa acogida en nuestro reino, y pudieron dedicarse, y se dedican hoy con toda libertad, á los trabajos propios de su vocacion.

Habian trascurrido casi doce años desde la última expulsion de la Compañía de España, y durante este tiempo los jóvenes que se preparaban para extender por el mundo la gloria de Dios, vivieron retirados en Poyanne, pequeña poblacion de las Landas francesas. Los que durante tan largo espacio de tiempo estuvieron comprendidos en el comun decreto de extrañamiento tornaron por fin á su patria, y la Diputacion guipuzcoana, á cuyo poder habia pasado el colegio de Loyola, les abrió las puertas de ésta su antigua morada; y así fué cómo los hijos de San Ignacio entraron por sexta vez en posesion de su casa paterua.

Entre tanto, aunque despues de la restauracion de la Compañía nunca se ha podido contar con plena seguridad, como hemos visto, esto nunca ha sido motivo para dejar de procurar todas las mejoras posibles en todo el edificio, pero muy especialmente en la Santa Casa y en la iglesia: lo que vamos á referir es una prueba evidente del interés que en todo tiempo ha animado á los hijos de Loyola por la conservacion y el decoro de la casa de su Padre.

Apénas se dejó entrever algun destello de estabilidad el año de 83, cuando se pensó nada ménos que en la conclusion de la obra del colegio, interrumpida desde 1767. Era este un deseo que habia siempre animado á todos los moradores de aquella estancia tan querida, sin que lo calami-

toso de los tiempos hubiese jamás permitido llevar á cabo su cumplimiento.



Entre todos los que abrigaron estos deseos y con más constancia trabajaron para realizarlos, descuella el insigne

operario de la viña del Señor en España, en Suiza, en Bélgica y en Filipinas, P. Juan Guerrico. En un opúsculo publicado en Manila por dicho Padre para allegar recursos, con motivo de las buenas nuevas que le daba acerca de la continuacion de la obra de Loyola el P. Venancio Legarra, refiere así su especial vocacion para esta empresa:

«Dispuso Dios que yo pasase unos meses en el colegio de Loyola en 1838, y al ver que la hiedra se encaramaba por aquellas viejas paredes, no pude ménos de afigurme, y me entretuve en cortarla concibiendo al mismo tiempo el proyecto de continuar aquella obra, si algun día pudiese hacerlo. El deseo de llevar á cabo ese proyecto se avivó más al pasar por París con direccion á Bélgica en 1841; pues siendo precisamente el 15 de Agosto, y habiendo subido á visitar la iglesia del Monte de los mártires en grata memoria de haber hecho allí en tal día sus primeros votos San Ignacio y sus nueve compañeros, me ocurrió la idea de obligarme con voto á trabajar en la conclusion de Loyola. Y en efecto, en 31 de Julio de 1843, fiesta de San Ignacio, me comprometí á ello del modo dicho. Mas ¿cómo realizarlo en un tiempo, en que la Compañía no tenia casa ninguna en España, ni aun la de Loyola? ¿Cómo ó por dónde esperarlo? Realmente no se veia ningun camino abierto; yo habia ido á Bélgica para tener el consuelo de vivir reunido con otros Padres y Hermanos de España, que iban á buscar allí una casa, que no les era posible tener en su patria. Así pues, no sabiendo cómo y cuándo llegaría la posibilidad de realizar mi proyecto y cumplir mi voto, pero confiando en la divina Providencia que de un modo ó de otro llegaría á ser posible un día lo que entónces no lo era, me limité á ir preparando los caminos para cuando llegase el momento esperado.»

Este momento llegó á poco de subir al cielo el buen Padre Guerrico, que sin duda logró allá lo que no pudo lograr

en la tierra, y gracias tambien especialmente á las gestiones del P. Muruzábal, Provincial de Castilla, del P. Legarra y á la actividad de D. Ignacio Ibero.

Celebrado un equitativo contrato con la Diputacion de Guipúzcoa, y reunidas abundantes limosnas dentro y fuera de la Compañía, el segundo día de Pentecostés de 1885 el Ilmo. Sr. Obispo de Vitoria puso la primera piedra para la continuacion del ala izquierda del hermoso colegio.

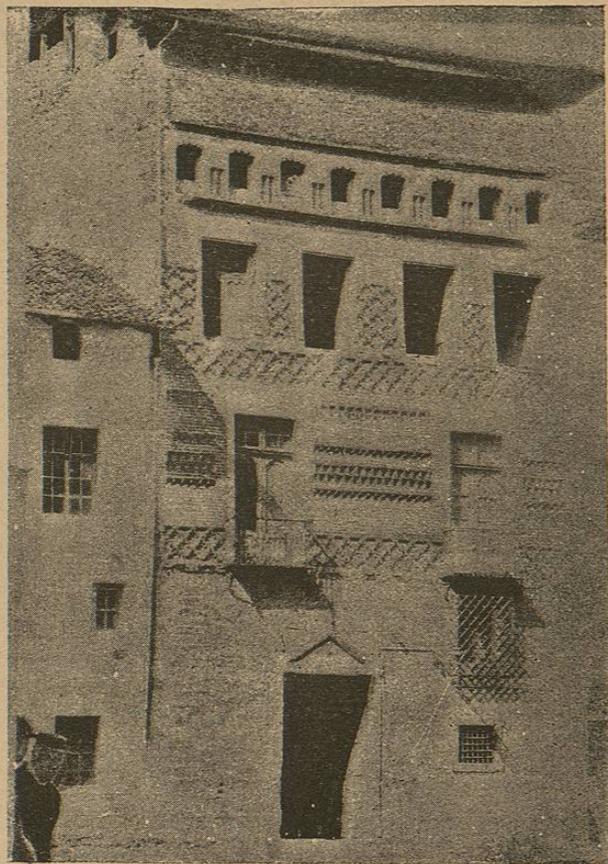
Oportuno nos parece, al llegar aquí, entresacar de un trabajo especial que publicó el P. Castillo con esta ocasion, los siguientes animados cuadros que pintan el entusiasmo con que se emprendió tamaña empresa, encaminada al mayor esplendor de la casa solar de San Ignacio.

«¡Qué plebiscito el del Santo! Apénas se declaran abiertas las obras, vense correr presurosos de los cuatro puntos cardinales, como á gananciosa feria, trabajadores que, abandonando su casa y sus hijos, pretenden, con el afan que se pretende un empleo retribuido, ser admitidos á trabajar gratis. ¡Con qué generosa porfia se apresuran para lograr ademas el honor de ser *los primeros!* *Seiscientos ochenta y dos* jornales gratuitos se contaron en el mes de Febrero, ¡Qué elocuente votacion de amor y piedad!

»Saca ventaja todavía al mes de Febrero el de Marzo, con *ochocientos cuarenta y un* jornaleros, mas *sesenta y seis* con sus carros: y de esta manera continúa desde entónces este hermosísimo jubileo de excelentes y piadosos campesinos, que en prenda de afecto se dan á sí mismos, y con todo el sudor de su rostro glorifican y honran á su querido Patron. Aquí, en verdad, no hace falta esforzar la alabanza.

»Sin embargo, no ménos que el desinterés y afecto de cada uno en particular, enamora y encanta la graciosa porfia con que sus sencillos corazones, que retroceden ante los enjuagues de una intriga electoral, se abalanzan á disputar

su derecho á la primacía y preferencia en el servicio de su santo bienhechor. Era de ver, en efecto, cuando se reunieron los alcaldes de barrio de Azpeitia para tratar de las



Casa en Azpeitia
de igual época y estilo que la parte superior de la Santa Casa.

obras, con qué teson alegaban los del barrio de Loyola su proximidad al edificio, y por ende sus derechos indisputables á empezar, y cuán denodadamente el alcalde de barrio

de Oñaz aducía el hecho de haber nacido el padre de San Ignacio en su jurisdicción, como título irrecusable de sus administrados á tomar la delantera á los demás. Y en efecto, su derecho fué sagradamente respetado.

»Llégales luego el deseado turno á los de Azpeitia y Azcoitia, y ya estaban ellos trabajando como leones con una voluntad de oro, y cual si se hallaran en bodas, cuando he aquí que los de Oñate solicitan por codiciado favor ser admitidos á la faena, teniendo los Padres para complacerles que rogar á los primeros les cedan el turno por pura deferencia. Acuden los oñatenses en mucho mayor número que anunciaran, en términos que la herramienta llega á faltar; reclaman al propio tiempo nuevos pueblos, haciendo valer sus justos títulos al trabajo gratuito; quéjense afectuosamente los de Azpeitia y Azcoitia de ser pospuestos á los extraños (*sic*); remiten entre tanto los curas párrocos de los vecinos concejos sendas listas de suscripción y largos estados de sujetos que piden como gracia se les consienta trabajar semanas enteras sin retribución; acuden particulares ofreciendo para las obras, quién sus canteras, quién sus minas de arena, éstos cal, aquéllos madera, otros, en fin, diferentes materiales; y en una palabra, todo es rivalidad santa, generosa emulación, hermoso desinterés, devoción sincerísima de un pueblo, que por su encendida fe y su gratitud no desmentida, se conserva digno de las bendiciones del Señor.

»Espoleados por la multiplicidad de los hechos, es nuestro ánimo detenernos tan sólo en algun que otro episodio característico, que ilumine este animado cuadro y complete nuestra relación.

»Habiendo cierto incansable bienhechor, y devotísimo promovedor de la gloria del Santo, mandado hacer para las obras una corta de treinta robles en el bosque de Urres-